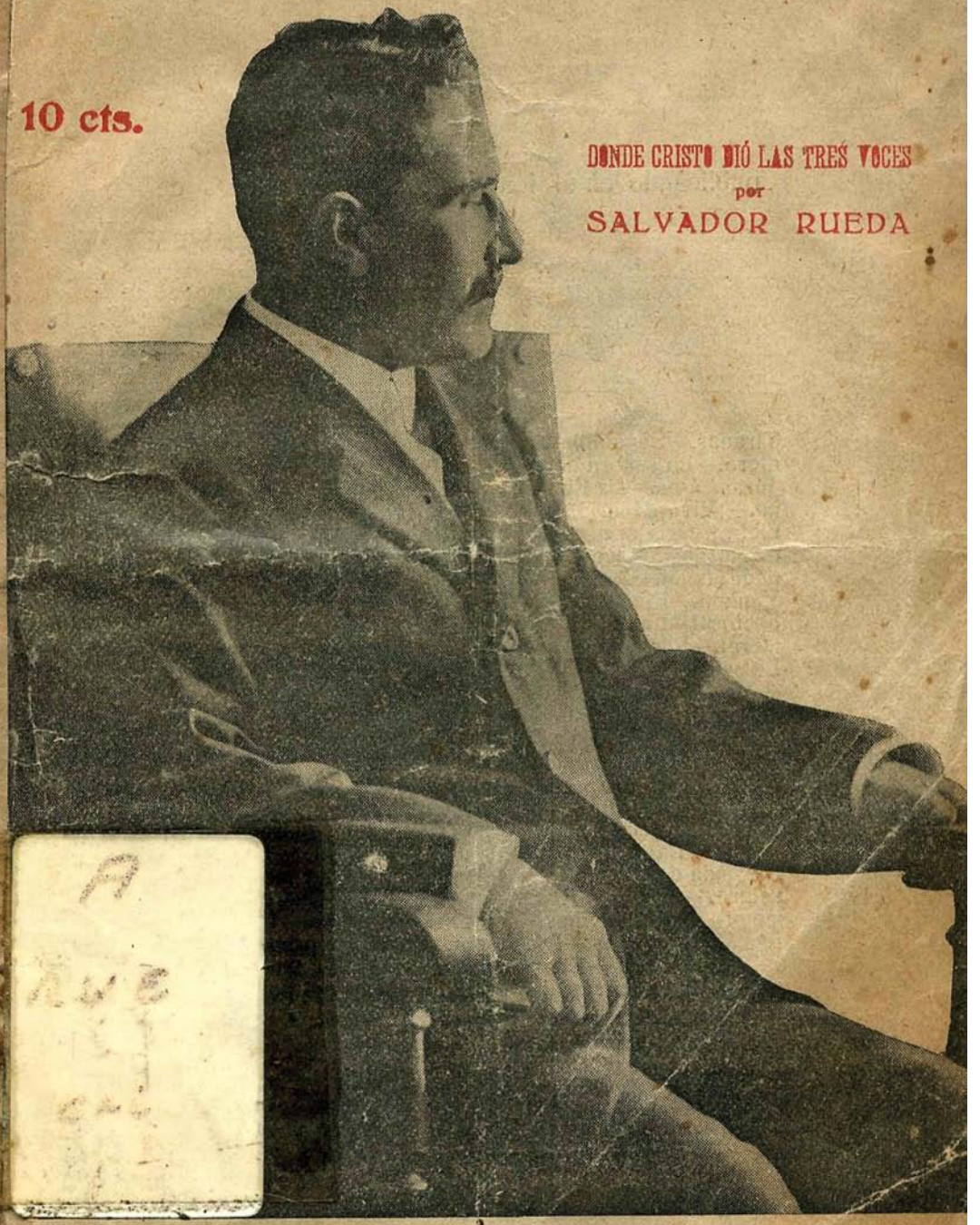
LA NOVELA CORTA

10 cts.

DONDE CRISTO DIÓ LAS TRES VOCES

por

SALVADOR RUEDA



Año IV
N.º 174

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Madrid 3
Mayo 1919

La novela Teatral consagrará un número extraordinario a las

TONADILLAS Y TONADILLERAS DE LAS

Pertenece este libro
a la
Biblioteca Municipal
DE MÁLAGA

Sección A
Sala
Estante
Tabla RVE
Núm. 011

Mod. Ar. 2

s más populares de

RGENTINITA.—PASTORA IMPE-
ALIA ISAURA.—AMALIA MOLI-
NITO.—RESURRECCIÓN QUIJA-
TO.—CARMEN FLORES.—ADELI-
ULA LOPEZ.—CANDELARIA ME-
A.—SALUD RUIZ.—CIPRI MARTIN.

IO

raña!—Golondrina de mi
¿Niña de qué te las das?—
castañera.—Manola de ra-
—La Chulona.—Noche de
r!—Cariño.—Las noches
a.—La militarista.—Gra-
.—El camaronero.—La
n disparate.—¡La primera
s ojitos negros.—El Ro-
hemia.—Así se quiere.—
La peinadora.—Agua que no has de beber...—Chulapa soy..
—Mis claveles.—Mimosa.—¿Qué será? ¿que no será?—Lo que son las flores.—Chulapona.—La peliculera.—Las tres rosas.—Pa perdé la cabesa.—Que la mar es muy traidora.—Puente de plata.—Cipriano.—Vente p'acá.—Complicaciones.—Dueño mío.—Guitarra agarena.—Canción argelina.—La vendedora de moras.—El castizo José.—Manicura moderna.—La curalotodo.—Mis ojeras.—El guarapo.—María la Luz.—La cachimba.—La despreocupada.—La sorda.—La viuda de Quiterio.—¡Que me da!... ¡Que me da!...—Rosalima.—La Mari-Rosa.—¡Qué cortos!—Quereres.—¡Eres malo!—De Maravillas.—Yo nací en Sevilla.—Díganme ustedes.—Chulerías.—Día de sol.—Cosas de primos.—¡De Jeré!—La devota.—El amor y el vitriolo.—El timo del portugués.—Cuentos rápidos.—Quereres.—No sé por qué.—Etc.

AUTORES

Martinez Abades.—Montesinos.—Sánchez Cerrero.—Tecglen.—Raffles.—Huete Ordóñez.—Mariño.—Vivas.—Torres del Alamo y Asenjo.—Romero.—Susillo.—Font y de Anta.—Larruga.—Yust.—Barta.—Padilla.—Ovejón.—Media-Villa.—Manso Rincón, etc.

APARECERÁ EL DÍA 18.

VEINTE CENTIMOS

Donde Cristo dió las tres voces

NOVELA INÉDITA

por

Salvador Rueda

I

De las treinta y cuatro casas de la aldea llamada Benaque, una de ellas, la de Trinidad Arias, era la que durante las noches de invierno servía de Club, de Casino, de Ateneo y de taberna, al puñado de trabajadores, que, luchando cuerpo a cuerpo con la tierra, se ganaban el duro pan de cada día. Unico punto de reunión en tan apartado lugar, allí se hablaba, se discutía, se murmuraba, y se tomaba un café de lo mejor hecho, fino y aromático, que dieron los ardientes cafetales de Puerto Rico y del Brasil.

Por lo perdida que hallábase la aldea entre montes y desfiladeros y por no llegar a ella jamás rumores del mundo ni de la civilización, más bien se le conocía en los pueblos de los alrededores por el nombre desolado de *Donde Cristo dió las tres voces.*

Mientras los hombres se distraían en la taberna bien arrancándole sorpresas al dominó, ya demostrando argucia en el manejo de las cartas, o alguna vez agotando la paciencia en la *lotería de cartones*, en las casas de ellos hacían las mujeres y las jóvenes pleita de cogollos de palma para sombreros, sentadas en derredor del brasero o de la chimenea de campana, bajo la cual se echaba de vez en cuando algún «*gozo*», consistente en una grande y fofa mata de *bolinas*, tan accequible al fuego, tan susceptible a la llama, que prendida sobre las ascuas de ceporros, en el acto formaba una larga torre de lenguas de oro que rugía, crepitaba, daba al aire grandes explosiones de chispas y de pronto descendía, y en un segundo se disipaba. A la intensa alegría de esta llama, se le denominaba *gozo* en Benaque, y gozo daba en efecto ver nacer, estallar y morir aquel torreón luminoso, parecido a un fantasma de fuego.

Allí estaba Prudencio, el hombre simpático, fuerte y obeso, que llenaba con el aspecto de su noble figura campesina la reunión. Ultimo vástago de la aristocracia del pueblo, conservaba la distinción de los suyos dentro de su rusticidad y negligencia personal. Su apariencia de *hércules Farnesio*, todo fuerza, todo vigor, contrastaba con su cortés educación y con sus palabras sedantes y acomodaticias a toda amigable conversación; así es que en vez del trueno que pudiera esperarse de él al discutir, causaba sorpresa verle departir con una dicción tan clara, con una tan ajustada voz, al medio tono humano. Poseía un cerebro ámplio y sólido, revelado en su raciocinar y en las altas ideas que era capaz de emitir,

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son consideradas como tales, bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

aun sin la cultura a que eran acreedoras, y lo que más sobresalía en su cerebro eran los chispazos repentinos, como *gozos* del pensamiento, como alarmantes *bolinas* espirituales que se elevaban y morían en un segundo luminoso.

A su lado, formando ancho corro enderredor del *medio de aguardiente*, veíase a Adolfo, el primoroso talador de árboles, el podador pulcro y concienzudo, a quien nadie aventajaría en *esarniyar* una cepa, en limpiarla de sacas, en cuadrarla y en dejarle en cada brazo del cuadro un pulgar, demostrando una «*pedagogía rústica*» que ya quisieran para la escuela del pueblo, la mayor parte de sus maestros. Ingertando, era Adolfo todo un profesor; fuese el ingerto de espiga, de canutillo, o de parche, los hacía con toda proligitad, con toda dulzura y amor, como si estuviera realizando una obra de la más perfecta cirugía. Por su carácter amigo de la justicia y por su prudencia, dirimía todo trato, dictaminaba en todo litigio y él solo era tribunal, fiscal y defensor de toda causa.

Y también estaba allí Pepe Sepúlveda, el hortelano pacienzudo, el que del peto del azadón, dando porrazo tras porrazo, supo sacar un huerto, que sembró de limoneros y de nísperos, vadeó de bordales de flores, iluminó de naranjos encendidos y al que dió una alberca que era la preciosidad de las preciosídades, encerrada en un círculo que no lo saca más justo una operación matemática. Todo lo que procedía de las manos de este hombre, llevaba un sello artístico, y artista hubiera sido en el mundo de haber recibido educación para ello. Sus nísperos eran tan grandes, dorados y apetitosos, que a peso de oro se los venían a comprar en diez pueblos a la redonda.

Pues ved allí al destartalado *Juan Navajas* recio como una cariátide, anchas las manos, anchísimo el pecho, atroz, terrible, que ponía en movimiento todos los perros del contorno al pasar por los lugares, y él mismo decía en su lenguaje pintoresco, que por donde quiera que cruzaba, los perros pequeños le decían: *¡Juan Navá, va va!* y los perros grandes: *¡Juan Nabú, bú bú!*

Otro personaje añadía un eslabón al corro; era el llamado Angel Postigo, émulo de Adolfo en el primor al manejar la hoz, al podar con la tijera, al desbragar una cepa con el azadón y arroparla de tierra morena como si la abrigara con el embozo de una capa. Angel era maestro en todas las cosas; sabía segar, sembrar, trillar, cavar, vendimiar, llenar cajas de pasas, plantarle dos tercios a una bestia y ser arriero; sabía guardar ganado, sabía blanquear como lo hiciera uno del oficio; sabía dar con un haz de leña donde nadie veía una *tarama*; sabía cuidar y cebar cerdos, matarlos, rajarlos, adobarlos; sabía de albañilería, algo de carpintería; sabía hacer pleitas, sogas, tomisas; sabía hacer cuidadosos encargos como nadie; sabía formar un huerto, acamellonarlo, sembrarlo, regarlo, dirigirlo; sabía como ningún nacido cazar pájaros de noche con la linterna y sabía como nadie levantar una liebre de una cama y una bandada de perdices de una loma, derribando con la escopeta la liebre y barriendo de una perdigonada las perdices. Pero, con ser prez, gala, honra, orgullo de toda faena y de todo arte campestre, poseía otra virtud que las cobijaba a todas, y era la bondad. Jamás se vió nada más servicial, más ingenuo, más pronto, más capaz, ni más dotado de arrastrante simpatía y de vario y atrayente saber. Era su persona como uno de esos preciosos cortaplumas que tienen instrumentos para todo lo que sea necesario en cada uno de los momentos de la vida.

También se hallan en la reunión los tres cabreros de la aldea, Eduardo Albarracín, alto, reposado, atrayente, dotado de cierta elegancia nativa; Antonio Gallardo, amable, decidor y jovial, tan campesino, como hijo de los propios pizarros y del propio terruño; y Eduardo Ruíz, nervioso, vehemente, que donde pone el ojo, como los otros dos cabreros, pone la piedra; hartos durante el día de conversar con la soledad de las montañas, con el silencio majestuoso de los barrancos, hartos de sufrir arañazos de las zarzas, fustazos de las retamas, agresiones de los espinos, allí descansan unas horas oyendo lo que se murmura y lo que se miente y lo que se traen y se llevan las zarandeadas honras del pueblo...

No podía faltar en el corro otra llamativa figura, la de Diego Gutiérrez, el cantador de malagueñas más sentimental que pudo oirse. Su voz es un sortilegio,

una necnicería; parece encantada y bajo un embrujamiento de la luna. Sin ser torrencial, sabe llegar y escarabajear en el fondo del corazón. Parece de plata, pero de una plata soñolienta con adormecimientos de opio musical y divino. Canta Diego de todo, hasta de repertorio arqueológico, como polos, medios polos y antiguos dejos gitanos, pero canta con preferencia malagueñas, guajiras, soleares, carceleras, alegrías, jaleo. Las malagueñas, sobre todo, son su especialidad; lo mismo las desplegadas con todos sus registros y personales fermatas para oirse sin baile, que las del alba, o parranderas, de esas que se van dejando de ventana en ventana a la hora en que viene el día. La garganta de Diego, en lo rica, es como el órgano de Murcia; tiene trompas y flautas para todo, porque si reina como señora en granadinas y cartageneras, en diciéndose abandolao, fandango o *pan y jigos*, no se puede oir nada de más popular aroma, de corte más campesino, al son de guitarras, platillos y castañuelas.

Y está allí Frasquito Santiago, simpático, decidor, ingenioso. Corrió medio mundo y adivinó el otro medio. Su conversación es viva, llena de fulguraciones nerviosas y de salidas de ingenio. A veces, se descuelga con un golpe de gracia que es un aldabonazo a la risa, o sale con una comparación original que parece hecha por un pintor. Es satírico y donoso, y tiene más caletre que no pocos de las figuras que le rodean.

Alfredo y Pepillo, son dos mozos de los que dan más alto honor a la aldea y a la reunión. Son los gallitos de la fuerza, los triunfadores en todo tajo de cava, los dos amos del pico y la pala; altos, elásticos, cimbreantes, fuertes, varoniles, son dos magníficos ejemplares de hombres. Si estos dos mozos se pusieran, cada uno, en la tara de un peso, no tiraría el uno del otro, y si tiraba, no sería por poseer uno más cualidades personales, lo que haría tirar de la lengüeta del fiel, serían unas parranderas maravillosas que sabe cantar Pepillo, *por todísimo lo alto*, tan por todísimo lo alto, que no plantó más arriba su voz en sus célebres verdiales *Juan Breva*, ni en sus soleares *El niño de la Isla*.

Salvorico es caballero, mezcla de campesino, el paso intermedio entre la aldea y la ciudad, el hombre que, aun dedicado a las rudas tareas del campo, conserva en su figura algo del civilizado de la capital. Sus labios, a veces, son un manantial de gracia y de felices comparaciones.

Y en cuanto a Eduardo Santana, el tartamudo, sólo tartamudea con la lengua, pero no con el corazón. Donde haya un pecho templado, allí está el suyo; donde haya un hombre decidido, allí está él; duro entre los duros; servicial entre los serviciales; bueno entre los buenos.

Antonio Santiago, es tan pequeño de cuerpo, que se escurrió por debajo de la talla, burlando la ley de quintas; pero es algo así como un comino aromático, como un grano de pimienta, como un clavo de especia fina, pronto a chisporrotear ingenio y alegría.

Y en cuanto al gran Sebastián, vedlo con su estatura elástica y altísima, y oidlo en sus temas de política, y de sociología popular; él es el disertador, el conferencista, el que a cada tema sabe darle lo suyo, y el que a todo hombre sabe ponerle los puntos sobre las íes. Servicial, campechano, amigo del pobre, su corazón es un pan rubio y sano que sabe repartirlo en beneficio de todos.

Existen más hombres de alto mérito en Benaque, pero en el momento en que yo fotografío esta galería somera de retratos, no se hallaban presentes en casa de la chunga, honrada y hermosa Trinidad.

Y para cerrar con un broche de oro la reunión, lo haré con Eduardo Ruiz, fecundo para los hijos y fecundo para el trabajo, alto, ojos magníficos, soberana figura, trabajador acabadísimo en toda suerte de tareas y de empleos. Y con valer tanto este hombre, está por encima de todo lo que le hace sobresalientísimo su imaginación de cuentista y de novelador. El mundo se perdió en este aldeano una gran pluma que hubiese enriquecido una literatura y hubiese dado lustre a la raza.

II

Tomando de manos de Alfredo la copa de aguardiente que le alargaba, exclamó Pepillo algo demudado y descompuesto:

—Caballero, naide pué dudarlo, porque yo lo acabo de ver.

—Visiones habrás tú visto—repuso Trinidad, la dueña de la casa, clavando uno de sus alfileres satíricos al mozuelo.

—Visiones no; pero sí una pantasma que me sapareció en el Corraliyo y asina que me vió, tiró por el camino de las Erillas.

—Alumbrao vienes, Pepe—intercaló Sebastián—. Las pantasmas sé yo lo que son, y sé yo de lo que se componen y sé yo que no son na.

—No será na—objetó Pepillo temblándole la voz—; pero a mí me soltó un ladriyazo, que si me agarra me deja en el sitio.

—Entonces—dijo Frasquito—no es pantasma, sino *pantasmo*.

—Eso digo yo—dictó Salvorico—; alguna *máscara* que ronda a alguna moza del lugar.

—No debe ser asina—siguió sosteniendo Pepillo—, porque no tenía cuerpo como nosotros, ni cabeza como nosotros, ni patas como nosotros, sino que era una cosa larga, larga que refalaba y juía...

—¿Y una cosa tan asina y tan bonita iba a soltarte un ladriyazo?—chungueó Eduardo Ruiz—; las almas del otro mundo tienen más educación, hombre.

—Ustés, creerlo o no creerlo, tomarlo a broma o no tomarlo a broma; pero a mí me ha salío una pantasma.

—Si le hubieras pedío la cédula personal, nos ahorraríamos ahora de esta confusión—exclamó Prudencio.

—Pos yo digo que ese pantasma es algún ladrón que viene a robar.

—Sí, el gitano *Tenazas*, liao en una sábana.

—Toma, Pepillo, otra copa, y bebe, pa que sigas contando lo que has visto.

—Ustés hablan de cachondeo y yo no hablo de cachondeo; cuando vió que yo, sin susto ninguno, eso es, sin susto...

—¡Sin susto!

—¡Sin susto!—fueron bromeando los mozos.

—Cuando vió que yo, sin siquiera una migititiya de mieo, me dirigí a eya con la pistola montá, se refaló por la paer alante y echó por debajo de la casa de Sarvorico camino del campo. Entonces yo corté por er cayejón de Adolfo, pasé delante de lo de Eufemia, y me planté en dos zancajás en lo arto de la jara; pero la pantasma entonces dió un brinco sobre el vayao y traspuso pa las Eriyas. Por estas que son cruces, que no miento, cabayeros.

Y la cara del narrador azuleaba de emoción, que al fin logró trasmitir a los demás.

—Y si queréis—siguió diciendo Pepillo—, ahora mismo nos repartimos tóos los presentes por distintos sitios, hasta perseguir y acorralar la pantasma y ver si es alma del otro mundo.

Nadie aceptó la propuesta. Se conoció la vacilación, el temor.

—Que eche Prudencio delante—al fin exclamó uno.

—Pues ya lo creo que echo. ¿No he de echar? ¿Por qué no? ¡No faltaba más!

—O Sebastián; que eche delante de tos Sebastián.

—Señores, un poco de calma—arguyó el aludido—. Antes dije que las pantasmos sabía yo de qué estaban jechas y que yo sabía lo que eran las pantasmas y ahora añado que las pantasmas no son más que susto. Pero yo no lo tengo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Yo tampoco.

—Si queréis os daré una idea—añadió Eduardo Ruiz—: que es uno se vende

a su casa por la escopeta, y a reunirse tos aquí otra vez pa salir persiguiendo la visión. Yo, por mi escopeta voy. Echar tos el cuerpo a la calle.

Nadie se movió.

—El caso es que mi escopeta la tengo prestá a uno de Cómpeta

—También yo tengo prestá la mía.

—Y yo.

—La mía la tiene jace un año un amigo de Cajiz.

—Pues echemos manos de las pistolas, caballeros—objetó el de la propuesta—, y lo mismo da.

—A la mía le falta la baqueta.

—Se le jace una de olivo.

—La mía tiene partío el guardamonte.

—Mientras no sea el gatiyo...

—Yo tengo la mía a falta de limpiarla.

—A la mía le falta la coz.

—Y a la mía la chimenea.

—Yo no tengo pólvora.

—Ni yo balas.

—Ni yo tacos.

Un *taco* rotundo soltó al llegar aquí Prudencio, llamándoles cobardes a tiempo que un golpe terrible, espantable, sonó en la cerrada puerta de la casa.

El instinto de conservación y el asombro hicieron saltar a todos de sus asientos y arremolinarse unos contra otros en el fondo de la estancia.

El caso era prodigioso. Fuera a nadie se veía. La luz de la luna lo llenaba todo de un tinte fantástico, dibujando acá y allá proyecciones misteriosas. Las ruinas del caserío, parecidas a raigones enormes, de colosal dentadura, adquirían, al ser vestidas por la luz plateada, aspecto de lugares encantados, tal vez los de los muertos que saldrían de sus sepulturas. Las batientes de sombra de los aleros, los ventanucos sin hojas, las puertas desarraigadas, las chimeneas como enanos en cuclillas, los medrosos locales sin techo, todo parecía bajo la acción de un sortilegio, bajo la rara posesión de la hechicería. Vida en suspenso, vida que no toca en el suelo, y que acecha llena de ojos que miran sin saberse de dónde. Un buho acentuaba el silencio con su quejido isócrono. A lo lejos, ladridos idealizados y llenos de superstición venían a hacer más medrosa la noche. Las calles estaban desiertas. ¿Quién había, pues, llamado con tan tremendo estampido a la puerta? ¿El miedo mismo? ¿La imaginación exaltada de los mozuelos?

Nadie podía explicarse el suceso.

¿Vísteis la aglomeración de caras de los fantásticos dibujos de Goya, ojos extraños, bocas enigmáticas, frentes de alienados, expresiones de pesadilla?... Pues un grupo igual de cabezas se plasmó, se estereotipó, se hizo cuadro de horror al sonar el golpe y al huir hacia atrás los hombres que llenaban la taberna. El color de los rostros dilatados no era el de las caras humanas, ni los que se ven en las paletas de los pintores: eran colores cadavéricos, cruzados de ráfagas tirantes y un momento fijas con algo de emanación de locura. Un gran artista de pincel les hubiese dicho—: Estaos quietos. Y hubiera trasladado al lienzo una obra inmortal, la del miedo supersticioso.

—Cabayeros, no hay que alterarse—exclamó Frasquito con voz apagada. Eso debe de haber sido algun peñonazo de un hombre que ha pasao.

—¿Y no será—se atrevió a decir casi sin voz Pepillo—, cosa de la misma pantasma, dando un puntapié?

—¿Pero no decías tú que no tenía patas como nosotros?

Entonces, fuera de la casa, se vió un hombre bajar por la calle, cautelosamente; llegó ante la puerta cerrada; se acercó al muro de enfrente, que no bañaba la luna, sino que estaba velada por la sombra; sacó fósforos de una cajilla que de antemano había humedecido y este misterioso sujeto estiró sobre la pared el brazo cuanto pudo y dibujó groseramente con los fósforos sobre la cal un horrible esqueleto, imagen de la muerte.

Y mientras llameaban en la sombra del muro los trazos con fulguraciones macabras, se acercó rápidamente a la puerta de Trinidad, dió con una piedra otro tremendo porrazo y se deslizó fugitivamente borrando su figura en la distancia.

Era Juan Miguel, que, proyectando abrir otra taberna en el pueblo, quería arrebatarle el público a Trinidad, produciendo en su casa sombras y tragedias para que huyesen las gentes de aquel sitio.

Al segundo golpe en la puerta, aun más se apretó por el miedo, el grupo de hombres, apareciendo en esto Trinidad, la cual descorrió briosamente el cerrojo para que entrase el fantasma y soltando sobre la mesa una taza y un platillo que traía en las manos, exclamó chuscamente con su peculiar ironía:

—Había hecho esa taza de tila, a ver si me quitaba el dolor de cabeza, pero el que tenga más miedo de vosotros puede tomársela.

Heridos por la saeta, los mozos se reanimaron comenzando a desfilar hacia la calle. Pero al ir cada uno dándose de manos a boca con el esqueleto dibujado en el muro de enfrente, dejó ir un grito de terror y apretó el paso saliendo de estampía en dirección a su casa y santiguándose como si hubiera visto el demonio.

Al poco tiempo, se abría al público la taberna de Juan Miguel, y acudía a ella todo el público de Benaque. Trinidad tuvo que cerrar su establecimiento y juró vengarse del que con tanta sandunga se había burlado de ella y había buscado su infelicidad.

III

El dibujo del esqueleto sobre el muro, dió mayor realce a la personalidad maquiavélica de Juan Miguel, no solo en la aldea de Benaque, sino en todos los pueblos circunvecinos. Por sus diabólicas ocurrencias, era malo para enemigo. Sabía, con instintivo arte popular, poner en ridículo a quien le perseguía o le molestaba, y mejor era dejarle el paso libre, que trabarse en lucha con él. Solamente entre todas las personas de la aldea, había incapaz de hacerle frente y de voltearlo por medio de su garbo y de su sátira, y esa persona capaz de salir al estadío y vencer, era Trinidad. Huérfana y sola en su establecimiento, ella supo guardarse sin que nadie velara por ella; decidida enmedio de su recato, de un bufido tiraba patas arriba al que fuese a ofenderla; pudorosa en lo más íntimo de sus sentimientos, sabía que ser chancera, no oscurecía su honestidad; vigorosa para el trabajo, lo vencía y se reía de él, pujante y despreocupada, capaz era de echarle dos tercios a una bestia después de aparejarla. Se ganaba su vida como una brava mujer; era modelo en todo, soltando la aguja y tomando la escoba, sabiendo lavar, guisar, bordar, fregar sus flores, cuidar sus animales, que cuanto la veían echaban a correr tras ella, sin dejarle a sol ni a sombra y también sabía cantar, bailar y todo lo que sirve de adorno y de gala a una mozuela.

Y el rival de esta mujer peregrina, la cual, por su alta tasación moral parecía descender en línea recta de las grandes reinas de España, el enemigo con quien tenía que luchar era Juan Miguel. Tenía este dignidad de hombre: era orgulloso, duro, insistente en sus propósitos, recto en su voluntad, dominador, avasallador, todo ello encerrado en una hermosa figura varonil. Le gustaba cuidar de su persona: era limpio, acicalado, pulcro. Su traje ordinario, era como todos los del pueblo, pantalón, chaqueta, chaleco, sombrero, alpargatas; y solo los domingos y dias de fiesta, se ponía ropa de más precio, entre la que llamaban siempre la atención sus pantalones, magistralmente acabados, bien lucidos y limpios, planchados con primor, de modo que pudieran contarse las arrugas en ellos y para más comodidad y distinción, pendientes de tirantes, lo que permitía que fuesen anchos y airosos y de una comodidad admirable. Algunas de las mujeres que él

había desdeñado, despechadas, lo hacían blanco de sus murmuraciones y decían de él que más le valiera no gastárselo todo en pantalones *de fuera* y cuidase de *los interiores*, porque segun se susurraba, Juan Miguel, tenía a menos usar calzoncillos, porque a su juicio, quitaban elegancia y distinción a los pantalones de lucir.

Como se ve, Juan Miguel, era un hombre que se cuidaba muy mucho, por lo garboso y lo varonil que era *de tener más bien puestos los pantalones*. También de entre las prendas de vestir, le tenía horror al camisón; y él lo justificaba diciendo lo mismo que de los calzoncillos, o sea que con las arrugas del faldellín, formaban abultados y desniveles en la caja del cuerpo y quitaban arte y garbo a la figura. Como se ve, era barato por el traje Juan Miguel, puesto que suprimía algunas de las prendas, pero las que usaba, eran en cambio, de la más rica calidad.

Para celebrar su triunfo de haberle quitado a Trinidad la clientela y haberla arrastrado a su casa, dispuso celebrar una fiesta en su taberna flamante, cuyo local era hermosísimo, y al efecto, fuése a Almayate y contrató bailadores, fuése a Almachar y trajo tocadores, convidó para que cantaran, como ellos sabían hacerlo a Manuel Santiago, maestro de maestros en toda suerte de aires andaluces; a Diego, el de la voz bellísima y sugestionadora, a Emilio Valderramas, estilista maravilloso que hubieran envidiado *El Canario*, *El niño de Cabra* y *Antonio Chacon*; y después de haber apalabrado a todos este personal, fuese a Cajiz y trajo dos tercios en dos grandes caja de dulces, que fueron la dislocación de los chiquillos, el quitasueños de las mozuelas y la perdición de los mozos, porque tendría que regalar a sus novias *la pañolá* que consistía en entregarles, en plena fiesta, un pañuelo lleno hasta las cuatro puntas, de caramelos, de suspiros, de peladillas, de corteza de sidra, de yemas, de piononos, de batatillas de Neujá y de todo lo paladeante y rechupeteante que posee el arte esclavizador de la confitería.

La noticia del *fandangazo* que preparaba Juan Miguel, había corrido como la luz por todos los pueblos que se dominaban desde el cerro del *Acebuchar* o de *Los Curas*, a saber: Huertas de Gutiérrez, La de Puertas, Almayato, Chilches, Santillan, Benazarafe, Benagalbon, Caiz, Velez, Benamocarra, Iznate, Almachar, Borje, Comares, y otros divinos cisnes blancos, que eso parecían desparramados entre el milagroso azul de los declives y de las cordilleras aquellos pueblos a los que sirven de estupendo y prodigioso espaldar las cresterías excelsas y los azules inmarcesibles de Sierra Tejeda.

Juan Miguel no cabía de gozo en su propio pellejo y hasta se le vió engordar aquellos días antecesores al de la fiesta memorable que se pregonaba a todo son de trompetas.

Hasta se mandó hacer unos pantalones de tela de lo mejor que traían a la aldea a vender Ramírez el de las Huertas y Paco el de Cajiz; y mucho que mareó a la costurera de Almachor, pero vecina de Benaque, llamada Teresa, para que le probase los tales pantalones veces y veces, a fin de dejarlos amplios, airosos, sin una arruga por ninguna parte y pendientes de los tirantes como luciendo toda su acabada perfección. Los estrenaría en la fiesta, bailaría, y por debajo de ellos, como por un arco de triunfo, se pasaría, orgulloso y dominador, toda la fiesta. Haría humillarse y sufrir a la burlona Trinidad.

Esta, avergonzada por la derrota, se deshacía la cabeza y se descompaginaba los sesos, buscando una atroz idea de venganza, un ardid, una terrible zancadilla, que hiciera dar con su enorgullecido rival en tierra.

—¿No has visto, Trinidad, lo tonto que está ese hombre?—díjole al pasar frente a su casa la costurera, que a la sazón llevaba los pantalones de Juan Miguel, acabados de planchar y sin la más leve imperfección. Hasta tirantes nuevos, míralos, quiere estrenar en la fiesta. Se cree que no hay en el mundo más hombre que él.

—¡Como que es el hombre de los pantalones bien puestos!

—Pero de calzonciyos, na—agregó la costurera.

—Ni de camisón—remachó Trinidad—. El hombre no quiere arrugas por ninguna parte. Pos pué ser que alguna arruga le levante algún verdugón que no se puea lamer.

—¿Le preparas algo tú, dí? Porque tú eres las dos patas del diablo. El lo fuma de a veinte, pero anda, que tú lo fumas en pipa.

—De estos calzones se tiene él que acordar pa toa su vía. ¡Míralas, por estas! Y Trinidad besó el juramento poniendo los dedos en cruz.

—¿Que de estos calzones tiene que acordarse? ¿Por qué? Mira, si es que se los vas a romper, espérate siquiera a que me los pague. Cinco reales le llevo.

—Pues cóbraselos antes de la fiesta.

—Ahora mismito los voy a entregar.

Salieron en esto, al oir el rum rum de la conversación, varias vecinas, Ubalda, Isabel, Ana la de Sebastián, Ana María, Carlota, Leonor, y se deshicieron en comentarios acerca de la prenda que llevaba al brazo la modista, porque más que todas las cosas absorbentes de la vida que puedan interesar a una mujer, le interesan las tres varas de tela, con ser tan corto espacio, que contenga las dos interesantes paralelas de un pantalón.

—Muy bien te han salido, Teresa—exclamó Leonor examinando la tela.

—Tan tiesos van, que cuando se los ponga va a parecer un maniquí—agregó Ubalda echando a pitorreo el capítulo.

—Trinidad, fíjate bien; mira qué tirantes, qué broches de nácar, qué lujo.

—Donde lo hay se gasta. ¿Le has sentao bien las costuras?—preguntó Trinidad.

—Esto te toca a tí hacerlo—repuso Carlota—, porque Juan Miguel te trae a ti a mal traer. ¡Mira que haberte quitao la parroquia!

—Y el sueño también te tiene quitao—añadió Isabel—. Tienes que volverle a llevar el pulso, ¿o es que ya te se ha acabao el buen humor?

—Sin venganza no se pué quedar esto—objetó Ana María.

—Algo estás tú maquinando—dijo Leonor—; veremos a ver con lo que sales.

Y el grupo de mujeres, después de pasarse de mano en mano la cacareada prenda viril, se la entregaron a la costurera, que la llevó calle arriba hacia la casa de Juan Miguel, como una insignia victoriosa, como un trofeo consagrado, como un viril estandarte digno de ofrendarse a lo divino, que eso parecen a las mujeres los calzones de un hombre.

IV

—¿Niñas, no comprais rosarios?—pregonaba a la mañana siguiente un vendedor trashumante, que los llevaba, a miles, rodeándole el cuello, los brazos, los hombros, como si fuese envuelto en el deslumbrador hebraje de un mantón de Manila.

Los chiquillos, siempre atraídos por las cuentas multicolores, por las hileras de los collares, rodeaban al hombre, encantados de la prodigalidad de las luces y de las esclavizaciones de color.

Algunas mujeres devotas, y en Benaque lo son todas, elegían rosarios verdes, rojos, azules y los compraban con regocijo. El vendedor pregonaba y fabricaba. Al andar, movía los alicates que hacían cadenetas de los alambres, intercalando las cuentas de los dieces con una más gorda, que marcaba el ritmo del collar, y a lo último les ponía un crucifijo de estaño, que las madres daban a besar a los hijos.

—¿No compráis rosarios, muchachas?

Un hombre se acercó al peregrino y quiso comprar una sarta religiosa. El hombre era Prudencio, que en sus soledades de hombre retraído gustaba rezar todas las noches, antes de acostarse, el santo rosario que fundó el sublime Santo Domingo.

Su vecina María Fernández, llamada por lindo apodo *La Pajarita*, le regateó la compra, se la ajustó, puesto que las mujeres son las que entienden de estos asuntos, y le pagó los cinco cuartos que le costó la mercancía.

Prudencio rodeóse el cuello con el puro collar de cristales inspirados y abrochóse sobre él los botones del camisón.

El hombre más prestigioso del pueblo, el de más alto talento, el de más ancho corazón, amaba extremadamente las cosas devotas y daba ejemplo de religiosidad y de mansedumbre.

—¡A los rosarios baratos, a los rosarios!—gemía el hombre, haciendo una notable venta aquel día.

Llegó en éstas un lañador, venido de Benamocarra, trayendo su *gran trompo bailable* que horadaba las vasijas, su lata con cal de Comares y sus lañas compradas en Vélez, y en cuanto sobre el primer ladrillo roto empezó a bailar *la trompa*, le quitó el lañador los chiquillos al de los rosarios, como Juan Miguel había quitado los parroquianos a Trinidad.

El público infantil se trasladó, con gran algazara, al lado del lañador. ¡Era cosa mágica ver cómo bailaba aquel *trompo* colgado de una cruz, primero con vueltas a un lado, después con vueltas al otro, hasta que abría un leve barreno a cada margen de los dos trozos sueltos, y ponía el hombre la laña martilleándola por las puntas y untándola con apagada cal que llevaba en una lata redonda.

Era aquel día de vendedores ambulantes, y no tardó en dejarse oir el chasquido metálico de las dos planchas porraceantes con que se anunciaba el velonero. Las planchas, sujetas por un agarradero especial y llevadas por la mano derecha del hombre, chocaban entre sí al ritmo del brazo, que se ajustaba a la cadencia de los pies, y de la combinación de movimientos, las planchas gemían a modo de pregón: —*¡Tan tarantan! ¡Tan, tarantan!*

No hay que decir que el lañador se quedó a su vez, sin el público de muchachos, en cuanto estos oyeron a lo lejos las planchas musicales venir anunciando los velones de Lucena. El hombre iba totalmente cubierto de cacillos, de almireces que relampagueaban enérgicamente bajo la luz. Parecía un representante del sol, o un ser extraño cargado con los instrumentos de una banda de música.

Los chiquillos revoloteaban como locos pájaros en derredor de él. La ambición de cada rapaz, hubiera sido levantar en alto las dos campanas resonantes, y arrancarles el consabido *Tan, tarantan.*

Este hombre recorría pueblos y pueblos, vendiendo a las mujeres los velones con que se alumbraban en sus hogares, los almireces que ellas repicaban machacando las especias un poco antes de las comidas, los cacillos donde hacían sus cocimientos aromáticos.

Y apenas hubo pasado el velonero, oyóse el brioso repiqueteo que venía produciendo un gitano en el rabo de una sarten. Así se anunciaba el vendedor de tenazas, trébedes, cacerolas, y otros utensilios de cocina. A veces traía *el tío* tenazas pequeñísimas, de juguete, sartenes microscópicas, primores y dijes que compraban las mujeres a sus niñas, y cuando las niñas eran mozuelas en estado de merecer y casadas por haber merecido, todavía guardaban como reliquias de la edad infantil aquellos objetos idolatrados.

Juan Miguel compró de todo aquel día para su tienda, pues no solo aspiraba a abrir su cacareada taberna, a expensas de Trinidad, sino que siempre tuvo establecimiento, especie de bazar con un poco de cada cosa en muestrario de gran variedad y ramos diferentes. Y mucho trajín era para un hombre solo. Faltaba allí una mujer que fuese el orden de la tienda y el eje de la casa, pero Juan Miguel, no acostumbrado a aguantar ancas de nadie, ni a dejarse disputar un solo palmo de terreno, rechazó siempre toda idea de noviazgo, prefiriendo conservarse independiente y libre como un gato garduño. Unas veces Eufemia y otras la Lázara, le fregaban la tienda, le blanqueaban las bajeras, le ordenaban el matalotaje confuso del establecimiento a la vez que le guisoteaban las frugales comidas que le servían de sustento.

Aquel día trabajaban juntas en casa del tendero la Lázara y la Eufemia, de

jando reluciente y limpísimo el gran local donde habría de verificarse la fiesta. Era domingo, y hacia las dos de la tarde, abrió Juan Miguel sobre una mesa, en medio de la estancia, las dos cajas de dulces apetitosas traídas de Cajiz. Y no bien dejó abierto a los ojos el tesoro guardado, no quedó en el pueblo un chiquillo que no saliera disparado a la puerta de la casa donde se verificaba el suceso. Tantos muchachas acudieron, que no quedó uno solo sin ir a hacerle rendibú a las dos cajas de lo bueno. Un griterío acompañado de manoteos y aspavientos, fué el coro que ofrecieron los rapaces al festival que empezaba, y fué escandaloso pregón que difundióse por la aldea y sus alrededores como victoriosa señal de que empezaba la fiesta.

Pronto aparecieron por el calvario los mozos de Almayate que venían apalabrados para bailar; y a poco aparecieron por el lado contrario los tocadores de Almachar, unos con guitarras de las que caían al viento los chorros de lazos, y otros con bandurrias, también atadas per los mástiles con lacerios de sedas donde la luz acudía a juguetear y a pulverizarse. Entraron en la aldea tocando el paso doble *La Giralda*, que estremecía a grandes brincos los corazones y sacaba a las puertas de las calles, casadas y mozuelas, viejos y jóvenes, que no podían contener su emoción. Algunas mujeres se asomaban a las puertas a medio peinarse y a medio vestirse sin poder ocultar la riada de alegría que las inundaba. Collares de dompedros y de jazmines, aguardaban caer sobre senos y cabezas. Los claveles espléndidos de Benaque, disciplinados, rojos, pajizos, morados, de corona, rosados, de plata, esperaban, bañándose en floreros llenos de agua, quedar colgados de rizos rubios, de rizos negros, de rizos castaños y sobre los rodetes de pleita de ocho ramales, y sobre picaportes o cocos atados por cintas polícromas. En cada casa había un rebullicio, un ir y venir de hombres y mujeres, que daban el último retoque a la faja o los últimos golpes de luz a los tocados.

Juan Miguel, por el telégrafo de los chiquillos, recibía noticias de todos los detalles.

A un rebellín, se asomó un puñado de mozuelas, ya dispuestas para el jolgorio, a tiempo que, un grupo lírico, puesto que se trataba de cantadores, cruzaba la calle arriba: eran Manuel Santiago, Diego y Emilio Valderrama, con sus trajes nuevecitos, y su breve pañuelo sobre el cuello, y en las gargantas más coplas para cantar que había ruiseñores por las cañadas.

—Emilio, ¡cuánto tiempo sin veros!—le dijo una moza, que admiraba en él más al hombre que al cantador. ¿Llegas ahora?

—Ahora, alma mía; te voy a cantar una copla en la fiesta que te va a llegar como un cuchillo al corazón.

—¿Has venío quizás a matarme?

—Vengo a matarte a coplas, si sigues en no quererme.

—¿Quién te ha dicho a ti que yo no te quiero?

—El ver que quieres a otro.

—¿A quién? ¡Josú que embuste! Tu sabes que mi corazón no es más que pa ti. Me gustan los cantaores, y tú más que tos.

—¿Y de quien soy yo sino tuyo? Vaya, hasta luego. Tenemos que bailar en la fiesta. Prepárate.

En el rebellín de otra casa, ante otro corro de mozas, se oía:

—Diego, a ver si cantas cuando yo baile.

—Cantaré echando las coplas por gruesas, como los botones.

—Aunque tú, ya se yo por quién cantarás.

—¿Por quién?

—Por esa que dicen, de Benamargosa. ¡No has ío poco lejos a buscar novia! ¡Como aquí somos toas feas!...

—Al contrario, gustándome a mí las novias feas, he tenío que salir de aquí porque no hay más que bonitas. Pero si yo supiera que me ibas a decir que sí, te *tiraba el apargate*.

—No me mates de un *apargatazo*, que no soy araña.

—En fin, ¿quieres bailar luego conmigo?

—Con quien mejor. En cuanto me tires en la falda los palillos con el lío de lazos, yo estaré de pie.

Diálogos familiares como éstos, de hospitalaria alegría, se escuchaban en todas partes. La gente moza recibía a los que llegaban con palabras como repiqueteantes campanillas o como colleras de cascabeles.

Tuvo necesidad Juan Miguel, de pedir docenas de sillas a todo el pueblo, para formar con ringleras de asientos los círculos que se estrechaban hasta encerrar el espacio en que se bailaría. La habitación era capaz; la más grande de la aldea. En las paredes lucían jaulas y floreros, además de los cuadros de historia sostenidos en *arcayatas*, que adornaban, en sus marcos, los muros. Sobre la chimenea de campana, se desenvolvía una dorada cadena de peroles, que parecían hondos escudos, rodelas chispeantes en las que estuviese dando el sol aunque fuese de noche. Almireces, chocolateras, cacillos, se enredaban entre las asas de los peroles; y un par de candiles colosales, candiles de cortijo, en cada uno de los cuales cabía una libra de aceite, hincaban sus retorcidos garabatos en la pared, dispuestos cuanto anocheciera a simular las vivas luminarias del día.

Al fondo de la habitación, se abrían varias hileras de macetones atestados de claveles de todas castas, colores y tamaños, de tal modo hermosos, profusos y brillantes, que ni la colección de claveles de Ubalda, la primera en tierra andaluza, podría igualarla ni obscurecerla.

Nadie diría, viendo, en aquel día, la casa de Juan Miguel, que no estuviera dirigida por media docena de mujeres. Fueron éstas llegando, puestas de todas galas, llevando una primavera rociada en el pecho y en los peinados, y ocupaban los asientos que el dueño de la casa les ofrecía. Estratégico Juan Miguel para disponer la fiesta, fué colocando las mujeres viejas en las últimas hileras de sillas, no solo para que filosofaran sobre sus mocedades, sino para quitar carátulas de enmedio; después, en hileras de sillas más cercanas, fué acomodando a las calificadas entre si son flores o no son flores, entre si eran bonitas o no lo eran; y por último, dió asiento a todo el clavelerío humano, que era gloria del alma y encanto de los ojos, en las ringleras de sillas más próximas, poniendo el guasón de Juan Miguel sobre el espaldar de una labrada silla, de honor, un letrero, que decía estas dos palabras: *Para Trinidad.*

El desafío destilaba gotas de sangre.

En cuanto puso el cartelón en la silla Juan Miguel, se lo fueron a contar a la moza. Su reputación de real hembra, estaba expuesta a fracasar; si no acudía a recoger el guante y a hacer una de las suyas.

—Está la silla, Trinidad,—le decía una soplona,—así, veras. Y dispuso las sillas de su propia casa formando círculo, como estaban las de la fiesta, y poniendo en el sitio equivalente, una silla que era la reservada a Trinidad. ¿Comprendes?

—Comprendo la guasita que se trae Juan Miguel. Una vez que ví yo en la capital, siguió diciendo Trinidad, la fiesta de *Don Juan Tenorio*, le pusieron un plato al Comendador, por si quería venir del otro mundo a comer y esa silla que ha puesto Juan Miguel en la fiesta, quiere decir que yo soy la Comendadora.

—A guasa no te gana a ti nadie. ¿Irás?

—¿Por qué no? ¿Cuándo me voy yo a ver tan honrá que esté convertía en una tenoria?

—¿Y bailarás?

—Y bailaré.

—¿Con Juan Miguel?

—Con el mismo; pero con una condición.

—¿Cuál?

—La que estrene los pantalones bailando conmigo. El honor lo quiero yo para mí, y solo para mí.

—Pues. si no se los ha iecho él con otra idea. yo creo

—¿Crees tú que será por mí ese fregao? ¡Con qué le pagaría yo a Juan Migue esa gloria!

Mientras este diálogo, habían ya empezado a ocupar los asientos de la fiesta, la flor y nata de las mozas, quedando los vegestórios de las madres, recluídas al sitio de las feas: llegaban en grupos dispersos con los cabellos rebosando flores y sus vestidos de día de fiesta, llevando en sus bolsillos las castañuelas escondidas en un nido de lazos. Tras las novias fueron los novios a mariposear en el salón, puestos de alpargatas nuevas, chaleco lleno de colorines, sombrero de ala ancha y pantalón de pana erizado de suaves visos de terciopelo. Viejas, mozas, jóvenes, niños, todo Benaque hervía y rehervía bajo el anchísimo techo del salón, donde, a una señal de Juan Miguel que ponía en alto una copa llena de vino, dió principio el jolgorio, o para decirlo con más propio nombre: el *fandangazo*.

Entre todas las gentes del lugar y las venidas de los pueblos vecinos, rompieron guitarras, platillos y bandurrias en un compás brillantísimo que dislocó de alegría los nervios y alborotó los corazones.

Diego, arrojó, por *abandolao*, esta copla, que fué la llave de oro con que se abrió la fiesta:

«En el nombre sea de Dios
y del Espíritu Santo,
por ser la primera copla
que en esta fiesta yo canto.»

Corrió una ola de fuerza por el concurso, un tónico inmenso de alegría, ante aquella refrigerante fuente de música que salpicó los corazones y las almas. Brincaba todo en medio de una enajenación de entusiasmo.

Cantó Emilio Valderrama, por abandolao, aunque no era el estilo que él prefería:

«La bienvenía te echo,
la que Cristo echó en el corro,
mozuela, clavel, maceta,
calandria, rosa de oro.»

Y arrojó Manuel Santiago, con su voz divina, el tercer haz de leña al fuego en forma de la tercera copla que arrancó una delirante explosión de entusiasmo.

«Mi corazón dice, dice,
que se muere, que se muere,
y yo le digo, le digo.
que se espere, que se espere.»

Pepillo y Alfredo, se pusieron de pie y se dirigieron a Carmen Ruiz y a Irene Pérez, sus dos bellas novias, arrojándolas en las faldas los palillos con su ala de lazos que era la señal de petición para el baile.

Las dos jóvenes, una, Carmen, parecida, en lo exuberante, a una de las gracias de Ruben; y la otra, Irene, más bien correcta y perlina, y delicada, como una virgen de Rafael, empezaron a ensartarse en los dedos pulgares las lazadas escurridizas de los palillos y pasado un segundo, se pusieron de pie, como si se elevara la primavera, ajustaron el pie al golpe de las guitarras, y entraron en el ritmo del fandango o de las malagueñas. Los piropos, los requiebros, los madrigales de los hombres, estallaban como claveles reventones en el aire, y los brazos de las bailadoras, como asas sueltas de ánforas, ondulaban graciosamente en derredor de las figuras rasgueando el aire con las escrituras multicolores de los lazos.

Canta uno.

«Esos dos que están bailando
qué parejitos que son;
si yo fuese el padre cura
les diera la bendición.»

Canta otro:

«Cuando quedrá Dios der cielo
y la Virgen de la Luz,
que tu ropita y la mía
las guarde el mismo baul.»

Canta un tercero.

«Mi novia no tiene pies,
se sostiene por milagro,
eran dos granos de alpiste,
se los comió mi canario.»

Cesan los bailadores. La fiesta está que arde. Varios vasos de aguardiente, an de mano en mano, como la antorcha en los antiguos juegos, e incendian de legría y locura a la muchedumbre que llena la sala.

Acrece más el entusiasmo con la llegada de un golpe de mozuelas del invicto Macharaviaya, a la salvaguardia del cultísimo escritor Ruperto Tovar, corazón xcelso y frente luminosa que lo mismo escribe las admirables páginas históricas e un libro, que da a una fiesta realce, prestigio y galanura. Levantáronse los ozos para ofrecer sus asientos a las recién llegadas, ocuparon estas las sillas, y llos sentáronse unos sobre las rodillas de los otros, creciendo el estruendo y la nimación del jolgorio.

Iban a salir nuevas parejas al baile, cuando vestida como una reina, segura el efecto que iba a producir, y más hermosa, casta y triunfante que la misma Venus Cilerea, apareció en el marco de la puerta Trinidad, la cual, además de ucir un puñado de rosas de terciopelo en la cabeza, mostraba en medio del busto n rojo clavel de *a libra* que parecía su corazón asomado entre dos senos, para luminar y dar corona a la fiesta.

Los vivas, los elogios, las aclamaciones, las sartas de requiebros, se prodigaron hasta llegar a lo inconcebible.

Adelantó a duras penas Juan Miguel entre el gentío que invadía su casa, y emblándole la voz y el corazón y hasta sintiendo removérsele los huesos, adeantó hacia la que de tal manera había querido honrarle, y condujo a la diosa asta su trono, donde quedó sentada y siendo objeto de la voracidad de todos os ojos.

—¡Que baile Trinidad!—gritaron cien voces en el colmo de la alegría.

—¡Que baile!

—¡Que baile!

—¡Y que sea con Juan Miguel!

—¡Sólo con Juan Miguel!

—¡Hay que hacer esas paces!

—¡Y echar pelillos a la mar!

—¡Se tienen que abrazar al concluir el baile!

—¡Juan Miguel, échale los palillos en la falda!

—¿Y sí me da *calabazas?*—preguntó éste.

—¡De ningún cobarde se ha escrito ná!

—¡Más valen unas *calabazas* de esa mujer que un *sí* de las demás!

—Pues yo, como cobarde, no soy—clamó el altivo hombre de los pantalones, que en aquel momento los estrenaba, amplios, airosos, elegantes, de caída vertical, sin un repliegue, sin la más leve arruga.

Pidió a un mozuelo las castañuelas, se las arrojó a Trinidad en la falda como si fueran sus luengos lazos vivas llamaradas de seda, y se sentó un momento a su derecha, para oir lo que, entre el tumulto, le decía la mozuela.

No se sabe qué susurraría la bella a los oídos de Juan Miguel; pero yo sí sé que mientras simulaba decirle algo, sacó una tijerita con disimulo, y llevándole la mano por la espalda hacia las dos troneras del chaleco, le cortó, sin ser sentida, los tirantes del pantalón.

Púsose en pie en el centro del baile la diosa; púsose él en frente de ella, entre la inmensa expectación del público sugestionado, echó el pie adelante la mo-

za, marcando el baile, y al moverse Juan Miguel y echar también el pie para abrocharlo al compás, sucedió algo grande, estupendo, increíble; algo que levantó un tumulto enorme, colosal, en la fiesta. Las mujeres dieron un grito horroroso y se taparon la cara con los abanicos; los hombres soltaron una carcajada inmensa, inacabable; los chiquillos levantaron una silba imponente, y toda la fiesta tembló de asombro y de estupefacción. Era que al echar el pie para bailar Juan Miguel, se le cayeron de pronto los pantalones, y como no usaba velos interiores ni camisa, se exhibió todo rotundo, agresivo, brutal, inenarrable.

El viento que salía de las bocas al arrojar las carcajadas, levantaba las piedras.

Un griterío loco, mientras Juan Miguel se recogía los calzones y huía, se elevaba del montón revuelto de la gente, y allí acabó la fiesta.

Las mozuelas, con ramalazos de carmín en las mejillas y tapándose los ojos, salían atropelladas, confusas. Los hombres empalmaban las risotadas apretándose con las manos los cuadriles para no estallar. Los forasteros, por chungas, decían que no habían venido a ningún cinematógrafo.

Todo era un remolino, un desbarajuste; las guitarras se cayeron de risa de las manos flojas y desmayadas de los tocadores. Las bandurrias rompieron también su trino y rodaron al suelo. Los platillos salieron cada uno por un lado. Trinidad altiva, riente, triunfadora, ganó el escalón de la estancia, y antes de poner el pie en lo del Rey, exclamó tendiendo el brazo hacia la fiesta y blandiendo el dedo índice como un inexorable puñal:

—¡¡El que me la jace, me la paga!!

V

La situación enormemente ridícula buscada por la terrible Trinidad a Juan Miguel, no sólo ante Benaque, sino ante las gentes de diez o doce pueblos, el de las que no tienen salida: fué como recoger la llave de su casa y dejarlo encerrado. ¿Cómo atreverse a salir, para ir levantando risas y carcajadas por todas partes? ¿Con quién hablar que no dejase asomar a sus ojos la burla? ¿A qué pueblo inmediato huir que no le apuntaran con el dedo? Esto se figuraba Juan Miguel, y esta era la atroz y cómica realidad; pero ahondando en la fibra del suceso, no había quedado tan por los suelos Juan Miguel como él se creía. Cuando pasado el primer ruidazo, que a todas luces era desfavorable, cada hombre, cada mujer, cada mozo, cada moza, examinaron en su interior suceso tan sorprendente, y cuando con la gallarda y varonil figura de Juan Miguel, todavía estampada en los ojos, en el momento estatuario, se dieron cuenta de todos sus detalles, de todos sus accesorios y de todas las particularidades de la escena, y compararon y midieron y aquilataron perfiles, puntos y proporciones, se removió mucho el juicio público a favor de Juan Miguel. Los mozos, después de examen prolijo, comprendieron que tenían que darse por vencidos comparándose con Juan Miguel; él era más hombre; y en cuanto a las mozas, se encontraban en la situación del que camina por un sitio que le es del todo indiferente, y de pronto ve que ha echada en el suelo una bolsa repleta. Todas se hubieran inclinado a cogerla. Hasta más de alguna casada romántica soñó en que ella también se hubiera agachado a recoger la incitante talega de oro. De donde se ve, sin necesidad de muchas metafísicas ni de muchas psicologías, que la vida es varia y tupidísima de sorpresas, de cambios de valores y de transmutaciones transcendentales. Hasta ver a Juan Miguel tan alicaído y temeroso de salir de su casa, las mismas mujeres—¡oh eterna fémina!—empezaron a consolarle, a darle ánimos y a enviarle palabras como emanaciones tibias del corazón.

—¡Eso le pasa a cualquiera!

—¡Total, una broma!

—¡Eso no es nada!

—Que no se diga que un hombre *tan hombre* como tu, no pueda resistir una lanza.

—Lo que yo te digo—agregó una mujer más ladina que las demás—es que has anao con lo ocurrío, porque naide podía sospechar que *tú, fueras tan tú.*

—¿Y qué quieres decir con eso?—preguntó Juan Miguel, que era serio y noble de pensamiento en las cosas del amor, y no comprendía la sutileza.

—¡Qué romo estás hoy, hombre! Lo que te quiero decir, es que si llamaras hoy a cualquier puerta buscando noviazgo, toas las tendrías abiertas de par en par. Somos así las mujeres!

—Ahora te entiendo menos.

—En fin, adiós hombre, sea enhorabuena, que donde menos se piensa, salta la liebre.

Rumiendo todos aquellos conceptos, quedóse Juan Miguel largo rato, entretáriendo, por intuición, cuál sería la verdadera actitud de su persona. Comprendió al fin, y pasando de su estado triste a otro menos sombrío y de este a otro más orioso, y después a otro más amplio y firme, entró en la posesión de su ser, se afanó, se fortaleció poco a poco, hasta que se sintió engreído de sus prendas varoniles, y abrió a la luz del sol su tienda, y se echó a la calle como aquel que sabe, por los demás, que él es el dueño del cotarro.

Y sin andarse por las ramas ni en contemplaciones, ya que él tanto por su larga soltería como por que lo pedían sus negocios, tendría al fin que casarse, acicalóse un poco, cerró su casa solitaria, se echó la llave en el bolsillo, tirando por la calle de detrás de Trinidad, penetró por la puerta de aquel lado en la casa de ésta, para no ser visto, y dando las buenas tardes a la real moza, pidió permiso para sentarse.

A pesar de tan inesperada visita, Trinidad no se alborotó. Contúvose, y retratando, sin quererlo, el estado de su alma, en el encendido *pavo* y en los ramalazos de vida que le subían a la cara, señaló una silla a Juan Miguel y los dos se sentaron frente a frente. Trinidad no lo veía como se hallaba en aquel momento, lo veía, contra toda la rebeldía de su voluntad, como en la fiesta. Desde aquel día el corazón de Trinidad era un campanario turbulento, que repicaba a las glorias más altas. Se castigó, se flageló; nada pudo. Juan Miguel, en vez de haber caído derribado por ella a sus pies, se erguía tirano y avasallador, dándole a ella órdenes de que lo amase, de que fuera la divina esclava de su pasión.

Y he aquí el fenómeno de física y de química moral, que cambia una antipatia en afecto y un abrasador incendio de odio en amor. En los crisoles como en las almas, todo son sorpresas biológicas, porque todo es un contínuo torrente de transmutaciones que no paran...

—Y ¿qué de bueno trae usted por aquí?, porque supongo que usted olvidaría la broma aquella... También fué ocurrencia de usted lo de dibujarme a mí con fósforos delante de mi puerta, un esqueleto, sabiendo usted lo sustona que yo soy.

—¡Sustona! No se trata de na de eso, Trinidad. Usté puede ponerme en ridículo todas las veces que quiera, puede burlarse de mí, ponerme un traje de cascabeles si a usté le agrada, que en gustándole a usté to eso ya me ha gustao a mí, pero a cambio de hacer conmigo to lo que usté quiera, jágame usté un lao, aunque sea así de chico, en su corazón.

—Juan Miguel, esto parece un *apargatazo*—exclamó ella burlona, pero avivándosele los tornasoles y los carmines de las mejillas morenas y hermosas.

—*Apargatazo* y a boca de jarro. Yo he procurao que usté fuera pobre del to, desampará de to lo del mundo, pa que hubiera usté tenío que recurrir a mí. Le hubiera derribao a usté la casa, le hubiera...

—No tiene usted que derribarla, porque cayéndose está.

—Le hubiera destrozao a usté las viñas, le hubiera arrasao a usté el güerto, pa verla a usté sin calor de naide, sin corazón a que acudir. Y cuando no hubiera usté tenío na, ni campo, ni casa, ni güerto, ni viña, haberle yo abierto a usté los brazos así así, de grandes, pa haberle a usté dao to cuanto era mío, mi casa, mi vivir, mi sangre, mi corazón.

—¿Ve usté?—añadió Juan Miguel con amplio gesto de hombre y colgar todo el peso de su ser de sus palabras, mientras arrojaba una llave encima de asiento—. Esa es la llave de mi casa y yo no me voy de aquí mientras usté vaya por delante de mí a abrirla y a que los dos entremos en ella acompañaos Dios. Si usté me dice que sí, viene; si usté me dice que no, viene; de todas ma ras usté viene a posesionarse de mi hogar, de mi pobreza, de mi via, aunque l go me parta usté el corazón a peazos. Mucho tiempo ha estao cayando, muc tiempo pasando por delante de usté sin decirle na mas que *condiós*, cuando a nas si podía sujetar mis güesos que se querían ir detrás de usté, hasta hoy q sin yo quererlo, el asiento me ha echao por alto, el sombrero me se ha venío a cabeza y el cuerpo me ha echao a la calle. Y una de dos: o yo no salgo de aquí usté se viene a mi casa.

—¡En el nombre sea del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y què trabuc zo tan terrible! ¡La perdigoná ha sio de las que matan!—decía Trinidad querie do dar adorno a la conversación, pero estremecida toda ella en lo más profun de su alma al oir un hombre tan de verdad soltando aquellos borbotones de p sión. Desde el momento crítico de la fiesta, todas lo ambicionaron y cuando T nidad, creyéndo que se le escaparía de las manos, lo veía venir y rendirse an ella, sintió arder sus entrañas en una doble hoguera de orgullo y de felicidad.

—Otras mujeres hay en el pueblo, se atrevió a argüir Trinidad, más dignas usted y que merezcan mejor a un hombre como usted. Debe usted dirigirse a ell y no engañarse conmigo, que nada valgo ni nada merezco. Usted tiene derecho otras que estén mucho más altas. Me pongo seria ya que usted se pone seri

—Buenò, puede usted ponerse tó lo seria que guste, pero aquí soy yo quie dispone, aquí soy yo quien manda, y lo que dispongo son dos cosas: que us guarde ese mazo de papeles, que, por vivir yo solo tengo que llevar encima; y q como el cura en estos días pasará por la aldea, entre aquí, ó en mi casa, y nos le eso que dicen que escribió el apóstol San Pablo.

—Pero usté no deja resollar a nadie. Usté se lo dice tó. ¿Y estos papeles qu son?—agregó Trinidad.

—Mi via de trabajaor. No la desprecie usté por poco.

—¡Por poco y hay aquí lo menos cuarenta mil riales! A mí me da susto. Yo n tomo eso.

—Que sí.

—Que no.

—Mujer, guárdalos, ¿no ves que tengo que llevarlo encima, trajinando y m se pué perder.

—¿Y si me se pierde a mí?

—Me darías la satisfacción más grande de mi vía. Vaya, árzalo, y no marees mujer.

—Pero...

—No me quemes la sangre. Tómalo.

Y para terminar...—agregó como para marcharse Juan Miguel.

—¿Cómo y para terminar?—protestó asombrada, pero llena de dicha Trinidad—. ¿Pero ésto qué es? ¿Estoy yo soñando? Esto parece una pesadilla.

—No estamos soñando, estamos en el momento más dichoso de nuestra vida Cuando venga el capellán, creo que será mejor aquí, que en la iglesia y para que les caiga mejor a todos como un mazaso, debiamos casarnos, cuando tos los mozos reuníos aquí, yo entrara de golpe vestío de fantasma, como acostumbro hacerlo por asustarlos.

—¡Jozus, qué jaleo se armaría. Creerían que yo me iba a casar con la muerte.

—De primera sería el jolgorio. Así lo vamos a hacer.

—Mira que la ocurrencia—exclamó halagada Trinidad.

—La ocurrencia parece tuya, no mia. Así lo creerá el pueblo. Yo me encargo de hablarlo al capellán. Prepara tú to lo necesario. Y ese día irás tú con esta

lave a abrir mi casa pa que entremos los dos en ella para siempre. ¿Quedamos en eso?—agregó Juan Miguel, ya puesto de pie

Ella no contestó,

—¿No oyes lo que te digo? ¿Quedamos en eso?

Silencio y encendidísimo rubor en Trinidad.

—Bien, el que calla... Sin palabras está mejor en una mujer, tan mujer como tú. Venga esa mano.

Se la agarró Juan Miguel con las dos suyas, la levantó dulcemente del asiento, mientras los dos vibraban de pasión, y rodeándola fuertemente y varonilmente por la cintura, no atreviéndose a ajarle la tez con los labios, la miró como a una co sa santa que se adora desde lo íntimo del corazón.

Después de un adiós seco, sin zalamerías, salió.

V

Con motivo de ser el santo de Trinidad, su casa es visitada por todos. Durante las primeras horas de la noche, la animación es grandísima. Se juega, se ríe, se discute, se toma café inmejorable que sabe hacer Trinidad y todo son comentarios, indirectas y puntadas acerca del rumor que corre por el pueblo, relativo a que la buena moza se casa.

—Al menos, Trinidad, dinos para cuando será ese día.

—¿Casarme yo? ¡En eso estaba pensando. Ese día será el del Juicio.

—Vamos, no lo niegues, que todo el mundo lo dice, y cuando el río suena...

—¿Pero, con quién me iba yo a casar?

Con el único hombre digno de tus prendas y de tus quereres. ¿No es con Juan Miguel?

—¡Jesús mil veces! ¿Con Juan Miguel, cuando estamos a matar? ¿cuando no nos podemos ver? Ustedes saben to lo que ha pasaó. El me quitó la parroquia, porque aunque estais aquí esta noche, eso es porque son mis dias. Después, en venganza, de haberme dibujao la estampa de la muerte con mistos aquella noche, yo le dí un par de tijeretazos en los tirantes que le hice *caer el telón* como en las comedias y estando los dos como si anduviésemos a tiros, ¡me iba a llevar a mi al altar Juan Miguel! ¡Al ajogaero me llevaría!

—Pos yo te apuesto, Trinidad, por la pantasma que me se apareció aquella noche, a que no son pantasmas lo de que tú te casas.

—Y yo apuesto doble contra sencillo, a que también es verdá—agregó Alfredo deseando complicar con bromas la conversación—. Y si no, vamos a votar, por que aquí está reunío casi tóo el pueblo. ¿Votamos tos, hombres y mujeres?

—Sí.

—Sí.

Y Alfredo se dispuso a ir nombrando mozuela por mozuela, mozo por mozo, por su nombres o apodos, a fin de hacer un minucioso escrutinio.

—Tú, *Frasca la Coca* ¿qué dices?

—Que se casa.

—Con quién.

—Con Juan Miguel.

—¿Y tú, *María Chaparra?*

—Yo digo que también se casa y con el mismo.

—¿Y *Frasca Mermeca?* ¿A ver?

—Digo que iden, de iden, de iden.

—*María Peya,* ahora tú, ¿se casa Trinidad y con quién?

—Con Juan Miguel, con Juan Miguel.

—Tú, *Frasca borracha,* apolicata

—Me explicotearé. Trinidad no se casa con ningún hombre vivo. Se casa, casa, con la pantasma que anda por el pueblo,

Muchas voces sobresaltadas—: ¡Uy, qué susto!

—Pero ¿la han vuelto a ver?—repuso pálido Pepillo—¿Se le ha aparecido alguien?

—A mí, a mi---rezó la *Chinda* fascinada—. La otra noche, viniendo yo d pozo por agua, me jizo demostración de querer beber en mi cántaro.

—¿Y le dites?—preguntó fuera de sí *Ana Pijorro*.

—Qué le había de dar; lo que jice fué echar a correr dejándome el cántaro j cho tiestos en tierra.

—Haya un poco de formaliá—repuso Alfredo—. Trinidá no se va a c sar con ningún alma del otro mundo. Hay que contestar con qué hómbre d pueblo.

—Dilo tú, *María Miñarra*.

—Ve tu a sabé; ésta, tan ocurta y redomá como es; quién tendrá en su pens miento.

—¿Te astienes de votar? Venga otra. Que lo diga *Ana Maquila*.

—Yo digo que con Juan Miguel; porque cosas más difíciles se han visto.

—¿Y qué dice *María Duenda?*

—Pues que lo que sea, quizás no tarde un mes en suceder. Yo he visto a Trin arreglando el ajuar.

—Otra, *María Jeme*, ¿con quién se va a casar Trinidá?

—Con el que éstas han dicho, con el hombre de los pantalones.

—¿Y tú qué votas, *Isabel Chanchana?*

—Lo que han dicho las otras digo yo:

—Habla, *María Liebra*.

—Con el que pintó el esqueleto en la paer.

—¿Qué dice la *Chumba?*

—Que Trinidad, el día que se case, va a salir con alguna de sus cosas.

—Ahora los hombres. Tú primero, *Mauro*.

—Yo voto por Juan Miguel.

—¿Y tú, *Montero?*

—Digo lo mismo.

—¿Y tú, *Pedro Boriche?*

—Juan Miguel.

—Habla tú, *Camarate*.

—Con el demonio.

Una explosión de risas acogio la salida.

—¿Serás tú capaz de casarte con el diablo, Trinidad?— preguntó *Salvao Siri?*

—Pues qué—repuso la aludida—, ¿dentro de todo hombre no está el demo nio?

—¡Si dijeras dentro de toda mujer!--replicó *Pacuero*.

—Vota tú, *Poliya*.

—Yo creo que Trinidá con quien se va a casar es conmigo.

—Eso me hacía a mí falta, cargar con una jayuga como tú.

Cuando iba por este punto la votación llamó discretamente a la puerta un persona. Era el señor cura del lugar vecino, que llegaba con su farol para n tropezar en las piedras. Dió las buenas noches, todos los hombres se pusiero de pie, y el capellán los mandó sentar.

—Siendo tu santo, Trinidad, y siendo tú, con razón, el ídolo del pueblo, y también he querido venir a felicitarte.

—Muchas gracias, señor cura. Agradezco muchísimo el favor. Siéntese uste aquí, al lado de esta mesa, y tomará usted chocolate. Hoy he querío tirar la cas por la ventana.

—Muchachas, muchachos, a tomar chocolate tóos.

—Eres una verdadera moza de rumbo—dijo el capellán sentándose donde ca

ñosamente se le ordenaba, y dando a guardar a Trinidad un breve bulto que la puso del lado adentro de una habitación.

—No haya cortedá ni vergüenza, muchachos: haya libertad y que no os caéis por mí. ¿De qué se hablaba?

—Aquí estábamos diciendo que tos creemos que Trinidá se va a casar.

—¿Casarse Trinidad? ¿Con quién?

—Con Juan Miguel.

—¿Es eso cierto?—preguntó a la aludida el capellán.

—Se han empeñao en casarme y esta noche misma me van a casar. Lo malo que tiene que ser con el fantasma que trae revuelto al pueblo apareciéndose á y allá. ¿No se lo ha encontrado usted, señor cura?

—Los fantasmas huyen ante los sacerdotes.

—¡¡No huyen!!—resonó huecamente, y un porrazo enorme fué dado en la uerta, como si la fueran a echar abajo. La reunión quedó paralizada. Se hizo un lencio absoluto, en el cual hubiérase podido oir el voltear de un insecto.

—Algún chusco será—exclamó, despreocupado, Prudencio.

—Qué chusco ni que...—dijo Antonio Santiago tentándose la ropa.

—A ver, muchachos, abrir uno esa puerta, y si es la estampa del diablo, me vestiré, que preparado vengo, y la echaré el exorcismo.

No había un solo hombre que fuera capaz de abrir la puerta. El cura que, co o buen andaluz, no quitaba lo de ser cura a ser bromista, entró en la habitaón inmediata y salió con sotana, sobrepelliz, bonete y otros adminículos. Verlo horrorizarse más mujeres y hombres fué todo uno. Cuando el capellán se había eparado, señal era de que el demonio había llamado a la puerta.

—Abre tú—decía un mozuelo, con voz inmutada, a otro.

—Yo no, abre tú.

—¿Yo? Que abra el que le dé la gana, que yo no abro.

—¿Será necesario—añadió el capellan—que abra una mujer, habiendo aquí ntos hombres?

—Abre tú, *Ana Ata.*

—Dios me libre. Yo no abro. Que abra Trinidad.

—¿Yo voy a ser la agraciá? Bueno, yo abro, pero con el primero que entre r esa puerta me tengo que casar.

—¡Con el fantasma!—exclamaron varias voces.

—¡Con el fantasma!

Trinidad adelantó varonilmente, descorrió el enorme cerrojo, tiró de las dos jas y quedó la puerta de par en par. En el marco de sombra negrísima, apareó un fantasma blanco con una cola larguísima y un estrecho cucurucho sobre cabeza que remataba en punta la figura.

Los cendales de la visión iluminábanse por dentro, así como todo el fantasa, arrojando resplandores misteriosos.

Alguien, de miedo, dió un soplo a la luz, y entonces reinó única en la sombra visión, arremolinando a las personas de miedo contra el fondo de la estancia.

—¡Jesús mil veces!

—¡Ampárame, Dios mio!

—Virgen de los Aparecidos, no me abandones—exclamaron algunas mujeres el último grado de superstición.

—Dije—repuso Trinidad—que con quien entrase por esa puerta me casaría. a entrado la muerte, y con la muerte me caso. Empiece usted, señor cura.

—¡Trinidad, por Dios, qué vas a hacer!—decían horrorizados los mozos.

—Te vas a condenar.

—¡Sálvate! ¡Huye!

—¡Huyamos todos!

Pero el fantasma cerró la puerta y sacó la llave de la cerradura. Nuevos gris de espanto y más carreras de terror.

El cura leyó lo más compendiadamente posible sus ritos, y al llegar las preintas, dijo:

—Doña Trinidad Arias Bustamante, conteste: ¿quiere usted a este fan por esposo?

—Sí—dijo ella con la mano sobre el pecho en señal de fe.

—¿Y usted, alma del otro mundo, quiere a doña Trinidad Arias de Bust te por esposa?

Al decir *sí*, el fantasma dió luz rápidamente a la casa, arrancóse el amp ropaje que lo elvolvía, lo tiró a un lado con presteza, y quedó a plena luz menos que el mismísimo y afortunado Juan Miguel, que abrazando por fi esposa Trinidad, dijo entré risas y bromas a los concurrentes: Señores, n que tener miedo y comience la fiesta. ¡Fiesta hasta el día!

—¡Jesús, qué sorpresa!

—¡Ave María y lo que tenían preparao!

—¡No me queda otra cosa que ver!

—¡Esto ha sío una encerrona!

—¡Vaya una burla!

—¡Por poco nos morimos de miedo!

Estas y otras exclamaciones se escapaban de labios de los reunidos, ac do todos por convenir en que con Trinidad no podía nadie, y que gracias a *Donde Cristo dió las tres voces*, era el sitio de más alegría, de más juven de donaire picaresco de España.

—Ahora sí que pué bailar Juan Miguel con Trinidad.

—Que bailen los dos.

—Sí, Juan Miguel; ¿no la sacas a bailar?

—Sí—exclamó él—, ahora pueo bailar, porque *como de los escarmentao cen los avisaos*, traigo puestos calzoncillos y camisón.

Zumbó una guitarra, soltó un brillante trino la bandurria, se concertaro platillos, desliaron sus lazos las castañuelas, y empezó uno de los más gra jolgorios que registran los regocijados anales andaluces.

Salvador Rueda.

Madrid. Enero 1919.

Pròhibida la reproducción.

EUREKA!!

LZADO WALK-OVER
icolás M.ª Rivero, 11, Madrid

HALADIN

Unica pasta para limpiar y conservar el niquel.

De venta en droguerías.

Suaviza el cutis.

ALCOHOLATO

Lo mejor para fricción.

ALCOHOLERA

Carmen, 10

Fíjese, señora. El cabello blanco, envejece; ¿para qué parecer viejos? Usad **La Flor de Oro** y tendréis el cabello negro, lustroso y abundante. Esta tintura no contiene nitrato de plata.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

No compre V.

relojes, joyas o artículos de óptica sin antes ver precios y modelos en **La Vasco-Castellana.—Fernando VI, 9.**

FOTOGRAFÍA

BIEDMA

CALLE DE ALCALÁ, 23

Teléf. M-730-Hay ascensor

¡Comerciantes! ¡Industriales! ¡Banqueros!

a seguridad, no solamente de vuestro dinero, sino de lo que a eces supone lo más importante de vuestro negocio, los libros, la ncontrareis adquiriendo una caja refractaria de caudales en el

HOTEL DE VENTAS. ATOCHA 34.

La novela TEATRAL

publicará mañana domingo

El matrimonio interino

Comedia en tres actos, de

MM. Paul Gavault y Robert Charvay

VEINTE céntimos

LOS ANIMALES

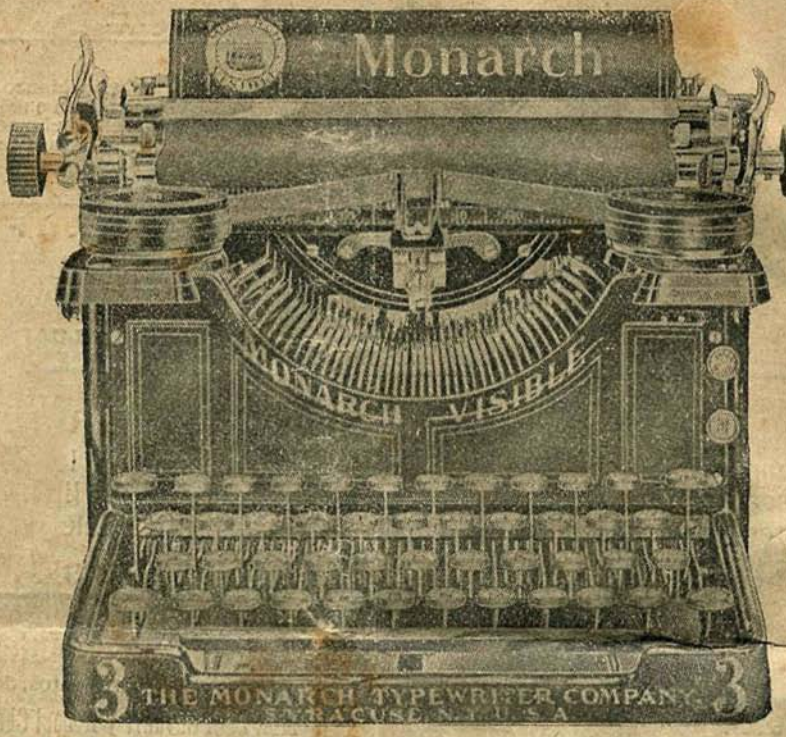
emos lanzado a la publicidad una interesantísima **colección infantil ica** donde se describen de manera amena las costumbres de las eras y los animales salvajes y el modo de cazarlos. Esta colección se di- de en **24 cuadernos** bellamente ilustrados **en tricolor,** consagran- cada uno de ellos a un animal diferente.—El jueves próximo aparecerá

EL AVESTRUZ

Precio del cuaderno: 20 céntimos

No se acepta el pago en sellos.—Pídanse a Corresponsales y a esta Administración, Calvo Asensio, 3.—Madrid

MONARCH



Reune todos los últimos adelantos de sus similares y además los de su exclusividad siguientes:

Botón automático para cambio instantáneo de la pulsación acomodándola instantáneamente a los nervios o temperamentos del que escribe.—La más visible por no tener obstáculo alguno delante del tipista.—Aprovechamiento total de la cinta en zig-zag.—La que más letras entran en su renglón por el mayor tamaño del carro en sus modelos corrientes.—Rodillo libre de invariable desalineación.—Dos clases del carro, corriente y rápido, cambio instantáneo. Freno automático en el abanicador, único dispositivo que evita los golpes violentos no permitiendo que con su empleo, sufra o se deteriore la máquina.—Tecla de retroceso infalible; ni más fuerte ni más flojo, deja de retroceder siempre más espacio que el preciso deseado.--Aparato especial para sobres.--Aparato especial para tarjetas postales y de visita.—Atril-sostenedor de la cinta o trabajo que se ejecuta y que permite tener a la vista todo el escrito.

REPRESENTANTE:

ANTONIO LINARES, PEZ. 2.-MADRID

Oficinas y Talleres de PRENSA POPULAR propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral, Friné.**—Antonio Palomino, 1, y Calvo Asensio, 3. Madrid